

POR LA CULTURA

Al Sr. D. Telesforo García.

¿A quién mejor que á usted, mi querido Don Telesforo, puedo dedicar las consideraciones estas para darles, con esta dedicación personal, más intimidad de fuerza? Usted fué cordial y constante amigo de aquel gran patriota que se llamó Castelar, y que hubo de luchar desde el gobierno contra los atávicos instintos kabileños ó cantonales cuya suprema expresión, depurada y ennoblecida sin duda como todo lo que entra en la región de la doctrina pura, fué la fórmula del pacto bilerateral y conmutativo del ilustre catalán Pi y Margall; usted en el remoto Méjico, donde se piensa y siente en castellano, sostuvo el prestigio y honra de la patria española y usted al volver á esta su patria se encuentra con que se discute su existencia misma, su íntima constitución histórica.

Bien está discutirlo todo, pero cuando un ejército está frente al enemigo y apercibido al combate ¿qué efecto traería el que sus jefes se pusieran á discutir la organización del ejército mismo y su jerarquía? Y una nación es hoy, usted lo sabe bien, un ejército en el noble combate incruento por la cultura. Y la nación aquí es España y sólo España.

El primer efecto de estas disputas y estas pasiones atávicas desencadenadas es, y lo ha visto muy bien el Sr. Canalejas, oscurecer los problemas vitales, los más hondos, los genuinamente nacionales, los problemas de cultura: el religioso, no eclesiástico-político; el económico-social, no financiero ó fiscal; el pedagógico. Efecto de esta enfermedad de íntima desintegración nacional es que se concierten y aun para un fin mezquino gentes cuyas concepciones respectivas de la vida de un pueblo divergen más entre sí que pueden diverger las distintas regiones que se nos dan dentro de la patria española y por ésta vivificadas.

Parece que se ha perdido la noción de un papel y un fin que España tiene que cumplir entre los pueblos de cultura. Y de aquí la profunda desafección á España que en ciertas regiones españolas—entre ellas la nativa mía—se observa. A España, allí y en otras partes, son muchos, muchísimos, los que no la quieren; á lo sumo la compadecen. Y la calumnian sin conocerla.

Dios me libre de abominar á roso y velloso, sin discernimiento ni cautela, de todo regionalismo, pero hay un regionalismo con piel romántica y sentimental y carne de materialismo político que es un grave peligro, no ya para el patriotismo español, sino para la causa de la cultura.

Para la causa de la cultura digo. Porque es en nombre de la cultura, no sólo del patriotismo, es en nombre de la cultura como debemos pelear por que no haya en España más lengua oficial, más lengua de cultura nacional que la lengua española que hablan más de veinte naciones. Y

justos, de los más rutinarios lugares comunes el de culpar en España de todo lo malo al Estado, al poder central. Y el poder central, hay que decirlo muy alto, es entre lo mucho malo, lo menos malo acaso que tenemos. Se habla de caciquismo, y se dice, calumniosamente, que vive del amparo del poder central. Y esto es falso. Por cada vez que en un ministerio se sucumbe á las intemperantes peticiones del caciquismo regional y del local—que son los más terribles,—veinte veces se le contiene. El caciquismo es en España ascendente, no descendente. El régimen cantonal no haría más que exacerbarlo; sería el régimen del pandillaje.

Lo que más falta hace es robustecer el poder central, que si de algo peca es de débil; robustecerlo y á la vez flexibilizarlo y enriquecerle con los jugos de la vida toda difusa de la nación.

Creo entender, siquiera por mi cargo, en cosas de enseñanza un poquito menos mal que en otras cosas y le digo á usted, mi querido Don Telesforo, que si se descentralizase en España la enseñanza, dejando á los Municipios, ó siquiera á las regiones ó provincias, el proveer á ella, sufriría gravísima herida la causa de la cultura—de la cultura, no del patriotismo solamente,—y la sufriría hasta en las regiones que se creen más capacitadas para la autonomía pedagógica y probablemente más en éstas que en las otras. Pueblo habría en que no se enseñara más que lo de «eso no me lo preguntéis á mí que soy ignorante...» y lo que sigue. Y nuestro órgano de cultura, la lengua, no ya nacional, sino internacional de España, sufriría rudo golpe. Porque nuestra lengua es internacional, como lo son el inglés y el alemán y el francés.

Hay en la Confederación Helvética como lenguas nacionales, tres lenguas internacionales, el francés, el alemán y el italiano; pero en el Parlamento del cantón de los Grisones, en que se habla en una lengua cantonal propia, el rumanche, se discute y se legisla en alemán. ¿Qué patriota francés de la Provenza pretende en serio que se reconozca como lengua oficial al provenzal de Mistral, rico de una tan intensa literatura?

Nuestra gloriosa lengua internacional, hispánica, es un producto de lenta y sólida integración histórica; á ella confluyeron el leonés y el aragonés con el castellano, á ella confluyen modalidades expresivas de ambos mundos. Y la obra de los siglos no se rompe por reviviscencias de uno de ellos; la obra de los siglos del liberalismo XVI á XIX, no se rompe por desentramamientos del siglo XV. Lo que los siglos han hecho rural y doméstico, doméstico y rural seguirá pese á galvanizaciones literarias. La arqueología no es política. Los griegos no piensan siquiera en restaurar la lengua de Platón y de Demóstenes.

La historia hace el derecho. Usted, que ha sido vecino de los Estados Unidos de la América del Norte, conoce la historia de la guerra de Secesión. No bastaba que los del Sud dijese: ¿No queréis la esclavitud? Bien, abolidla en vuestros Estados,

nos Bolonia, ni patria chica de adopción. Dios nos libre de reinos de Nápoles, de ducados de Módena y sobre todo de Estados más ó menos pontificios, confederados ó sin confederarse. El Estado ha venido á ser el supremo órgano de la cultura. El régimen de ciudades es la Edad Media.

Es la causa de la cultura, es la causa del liberalismo, es el legado de los cuatro siglos de europeización, del XI al XX lo que corre riesgo de anegarse bajo estas reviviscencias atávicas del sig XV, que separó lo doméstico—muy digno de respeto y de cariño como tal—de lo nacional, lo rural de lo civil. Y sobre todo es en la América española, vivificada por el habla de Don Quijote, y no en el muero ducado de Atenas donde está nuestro prvenir espiritual como pueblo de cultur.

Miguel de Jnamy



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

esto, sean cuales fueren las hormosuras, los méritos y las glorias de otros lenguajes españoles, á los que se debe dejar á su vida doméstica. Es, repito, la causa de la cultura.

¿No cree usted que si la Universidad de Barcelona gozase de absoluta, plena é incontrastada autonomía, llegaría á imponer la enseñanza en catalán, siendo así que todos los que á ella concurren, catalanes y no catalanes, saben castellano y no todos saben catalán? Si Balmes, si el susomenado Pí y Margall, si Milá y Fontanals hicieron algo por la cultura española—en que va inclusa la catalana,—lo hicieron en castellano.

El alma de Escocia la conocemos por Burns, por Carlyle, por Reid, que escribieron en inglés, más ó menos regionalizado, y no por traducciones de cantos en el antiguo idioma céltico escocés; el alma de Bretaña se revela en Chateaubriand, en Brizeux, en Renan, escritores en francés, más y mejor que en el *Barzaz Breiz* y más culturalmente, y, en fin, el cristianismo no se propagó por el mundo en el azar que hablaban Cristo y los apóstoles, sino en el griego de los evangelistas y de San Pablo, el apóstol de los gentiles.

Si Cataluña tiene un evangelio que puede levantar á España, y ojalá lo tenga, ese evangelio nos lo tienen que dar en castellano, ya que son los catalanes tan capaces de expresarse en él—y por cierto, muy bien y con cierta precisión del que no se ahoga en hojarasca—como era capaz San Pablo, el judío, de escribir en griego.

Hubo un momento en que creí que el llamado catalanismo se hacia imperialista, expansivo y cultural, no meramente político, pero empiezo, y lo siento en el alma, á desconfiar de ello. Piden para sí mismos en vez de pedir para todos, aunque aparenten esto.

No olvide usted, mi querido Don Telesforo, que Cataluña es una de las regiones españolas en que más analfabetos hay, y que Barcelona, ya que lo más del catalanismo es barcelonismo, es una de las ciudades españolas—la Ciudad, con letra mayúscula, según algunos tartarines que están haciendo de ella Tarascón,—en que se anda peor de escuelas.

A lo cual viene al punto culpar al Estado. El Estado corre con la enseñanza en el país nativo de usted, en la Montaña, y en el mío, en el país vasco; los maestros de las Provincias Vascongadas, castellanos en su mayoría, obtienen sus escuelas en oposiciones hechas en Valladolid y, sin embargo, en mi país, donde hay como en Cataluña un lenguaje indígena junto al nacional, hay muchos, muchísimos menos analfabetos que en Cataluña, y en Bilbao, donde no es la organización de la instrucción primaria pública diferente que en Barcelona, se levantan magníficas escuelas. Y en todo nuestro litoral cantábrico, usted lo sabe, abundan escuelas debidas á la munificencia de los patriotas que hicieron fortuna en América, de los indios. ¿Cuántas de éstas hay entre los que pretenden poco menos que monopolizar la supremacía cultural de España?

No, no se puede culpar al Estado. Es uno de los más resobados, de los más in-

pero dejamos a nosotros con ella, pues que es condición de nuestra economía, y si no, separémonos, rompiendo el pacto federativo.» Los del Norte contestaban: «No, ni la tendréis vosotros ni nosotros, no habrá esclavos ni ahí ni aquí, ni os consentimos separaros». Y los del Norte defendieron con las armas en la mano la unidad nacional y la causa de la cultura é impusieron la cultura, tanto como la patria común, al Sud. Pues qué ¿va á estar un pueblo á las maduras y no á las duras? ¿va á participar de los beneficios, cuando la unión es provechosa, para hurtarse á los sacrificios cuando empieza á ser gravosa?

Lea usted la magnífica «Historia de Portugal», de Oliveira Martins, y allí verá usted un sustancioso pasaje en que al tratar del dominio en Portugal de nuestros tres Felipes, el segundo, el tercero y el cuarto, dice el gran historiador que el anhelo de los portugueses era entonces la fusión de su patria con España, el que nuestras colonias estuviesen abiertas á sus mercaderes y las suyas á los nuestros, el que los portugueses pudieran ejercer todo cargo público en España, así como en Portugal los españoles, y que si esto hubiesen llevado á cabo los Felipes, en vez de mantener á Portugal como dominio de la corona, Portugal seguiría unido á España.

Lo que el gran Oliveira decía haber deseado Portugal lo consiguió desde luego Cataluña; las tierras descubiertas y conquistadas por Castilla fueron campo de sus mercaderes é industriales, los catalanes han tenido siempre y tienen acceso todo cargo público, y aun hay catalán—y por cierto, catalán que ocupa cargo público—que pide que en Cataluña sean los funcionarios públicos catalanes. Y la consecuencia inmediata sería que ningún catalán pudiese ocupar cargo alguno en España fuera de Cataluña. ¿Es que los vecinos catalanes de Barcelona no son tan vecinos de ella como los catalanes, y no contribuyen como éstos á levantar las cargas públicas? El sustituir la indigeneidad á la veindad es pura y sencillamente obra de incultura y de retroceso.

Esto se va alargando más de lo debido y es hora de terminar.

Comprendo, mi querido Don Telesforo lo que á su corazón templado en el patriotismo por larga correspondencia intima con Castelar y por larga estancia en remotas tierras fuera de España, tiene que affigirle el espectáculo de su patria abandonando los problemas vitales de la cultura, abandonando la disciplina social frente al concurso de las demás naciones abandonando el formarse un ideal colectivo de acción ante los demás pueblo para entregarse á discusiones de sentimentalismo casero, de pasiones de campanario y de mezquinos egoísmos y todo el azulado por cómicas petulancias. En ese ambiente la enseña de la cultura se oscurece bajo el polvo de la refriega.

Recordemos el ejemplo de Italia, donde la obra de la unidad nacional, no de la independencia, fué la obra de la cultura, y sus sacerdotes Leopardi, Foscolo, Gioberti, Carducci. La grandeza de éste fué cantar Italia, Italia, Italia! y no Toscana, ni m-